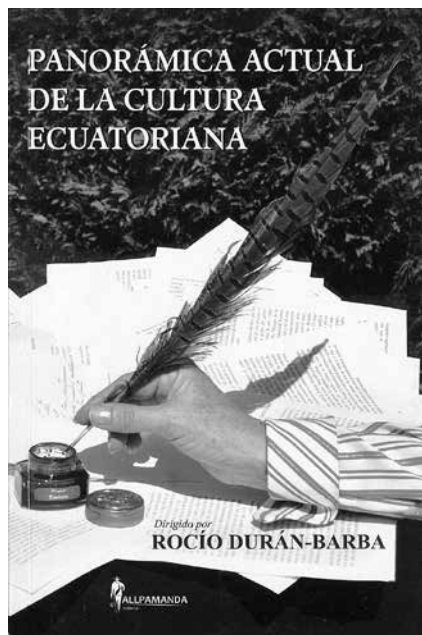


## Panorámica actual de la cultura ecuatoriana

Nuestra cultura es nuestro fruto.  
Nuestro espejo. Es nosotros.

*La Panorámica actual de la cultura ecuatoriana*, presentada en marzo del 2011, lleva la ambición de reflejar nuestra cultura. De amplificar su voz. De levantarla en alto con el timbre del conocimiento-reconocimiento. Pretende favorecer su divulgación dentro del país, punto que nos lleva a la dimensión de la reafirmación de nuestro “ser”. Y en lo internacional –campo en que nuestra cultura es apenas conocida, en casos, ignorada–, colaborar con la difusión de su riqueza, pluralidad, raigambre. Y esto, con el fin de dar testimonio de que existió. Existe hoy. Y, con fuerza, hacia el futuro.

El título resume la aspiración de la obra. Viene de “panorama: vista de un horizonte muy dilatado”. No tiene la vocación de hacer un “inventario” del quehacer cultural sino, a través de voces representativas y analistas, de revelar nuestra cultura. Resaltar sus líneas.



Hacer escuchar su contenido. Su intensidad. Las inquietudes que la mueven. El campo en que se desarrolla. Su significación.

Al origen del proyecto se encuentra un gran entusiasmo. Ese empeño o adhesión decidida que impulsa a quien se interesa en examinar y comprender nuestro universo multi-

Autora: Rocío Durán-Barba  
Edición: Editorial Allpamanda. 2011.

cultural, multiétnico, multinacional; nuestra dimensión identitaria.

Sí. Estas páginas llevan el espíritu del entusiasmo. Del mismo que, vísperas de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia patria, aunó a un grupo de personalidades en torno a la idea de organizar una Fundación dedicada a la difusión de nuestra cultura. Con el fin de dar realce a dicha celebración (2009-2012), el primer programa que llevamos a cabo fue una mesa redonda sobre “cultura ecuatoriana” que visitó algunos países europeos. Dentro de la misma perspectiva hemos realizado esta obra con el sello editorial de la Fundación: *Allpamanda*, “tierra de todos”.

Para realizarla contamos con la colaboración de un Consejo Editorial conformado por cuatro personajes dedicados al tema por especialidad profesional y/o interés personal: Claude Couffon (U. Sorbona, París, Francia), Michael Handelsman (U. de Tennessee, EE.UU.), Olga Núñez Piñeiro (U. Westminster, Londres, U.K.) y Roger Guggisberg (Ed. Patiño, Suiza).

El trabajo fue enorme pero, ante todo, fue una experiencia extraordinaria. Y al final, la voz del conjunto de las colaboraciones nos dejó una gran satisfacción: la evidencia de que ha quedado atrás el tiempo en el que nuestro quehacer cultural sufría permanentemente de “asincronía”, “desfasamiento”, “retraso” (Benjamín Carrión, Ángel F. Rojas,

Juan Valdano, Hernán Rodríguez Castelo...). Sí. Ha quedado atrás la frustración y pesimismo que caracterizó el área –e hizo correr mucha tinta entre nuestros comentaristas–. Atrás, el tiempo en que no habíamos pasado de ser “copiadores de tercera categoría de europeos y norteamericanos, huérfanos de originalidad” (Claudio Malo González); en que nos aguijoneaba la pregunta de saber “¿en qué medida es original y significativo el aporte de la novela ecuatoriana en el contexto de América Latina?” (Diego Araujo).

Si hace treinta años se afirmó que “la literatura ecuatoriana podría tener un desarrollo notable” (Simón Espinosa), ahí estamos. Y esto engloba ¡todo el quehacer cultural ecuatoriano! Hoy desborda novedades, realizaciones dignas de miramiento, originalidad. Nuestros creadores tienen, en general, visión, capacidad.

Así dice el contenido de la *Panorámica actual de la cultura ecuatoriana*. Punto que nos lleva a mencionar el hecho de que pedimos colaboración a una amplia elite. Ofrecimos la debida libertad en torno a temas. Propusimos algunos significativos. Dimos espacio a las más variadas expresiones. Y, esto, dentro de una vasta perspectiva; ya que, prácticamente, toda visión contribuye a la búsqueda de nuestro “ser”. Por ende, alimenta nuestro encuentro en el vértice de la construcción identitaria, tema que nos inquieta al presente. Y, aunque huelga decir, indica-

mos que las colaboraciones han sido escrupulosamente respetadas.

El volumen contiene treinta y dos artículos puntuales –lejos de ser abstractos o sobre generalidades–. En su mayor parte van firmados por personajes inmersos en nuestro quehacer cultural. Algunos son actores del área desde hace tiempo. Otros, nos traen la frescura que significa el aporte de nuevas planas de intelectuales. Y no faltan colaboraciones de estudiosos en el país y desde el exterior.

Ante el acervo de información y opiniones que esto significa, es necesario señalar que no tratamos de construir altares, distribuir laureles ni establecer valores o condenas. Pretendemos dar a conocer nuestro horizonte cultural, repetimos. Demostrar que nuestra cultura vive por su originalidad y fuerza. Que parte de un descubrimiento-redescubrimiento, conquista-reconquista de valores.

En este sentido, lamentamos que al aparecer “listas” en algunos artículos, muchas personas, que merecían al menos una línea, hayan quedado de lado. De donde es conveniente subrayar que lo importante no son las listas, ni siquiera los nombres de los escritores y artistas que figuran a lo largo de este libro. Lo importante son las obras. Las que dieron inicio a nuestro patrimonio cultural. Las que existen. Las que surgen. Todas. Porque ellas construyen la síntesis espiritual de nuestro

país. Son nuestro lenguaje. Nuestra estampa. Forjan-vigorizan-elucidan nuestra cultura. Aquella que no se inventa o improvisa, que existe. Que es la fuerza capaz de hacernos crecer gracias a reconocernos. Gracias a reafirmarnos. Gracias a encontrar formulación.

Sí. El meollo de nuestra cultura son las obras. Revelan nuestro contexto. Contexto que se relaciona con el camino recorrido: nuestra Historia. Y proyecta lo que estamos construyendo: un futuro.

Los treinta y dos artículos que contiene el libro delinean nuestro horizonte cultural dentro de una visión pluridimensional. Transmiten la riqueza de nuestra multiculturalidad. Y no es por azar si, en su mayor parte, se fijan en nuestra preocupación identitaria.

Cada artículo es, así, una pincelada en un cuadro que se va revelando matizado de ricas perspectivas.

El primer tono está dado por un escrito de profunda tonalidad poética: “La palabra es el espejo de la cultura, sin ella, nada somos” (Rosa Amelia Alvarado Roca). La palabra. Ella irá desplegándose para revelar “un país misterioso cuya cultura sigue siendo en parte desconocida o ignorada” (María Semilla Durán); cuya diversidad cultural es nuestra riqueza, “pero puede ser también nuestro peligro si no la asumimos desde la unidad del país como fundamento y como objetivo” (Enrique Ayala Mora).

Nuestra diversidad surge con acento dinámico en torno a “la recuperación de la cultura montubia” (Ramón Sonnenholzner), a “una revista de cultura manabita” y el maravilloso encuentro poético impulsado desde hace tres décadas: “La Flor de Septiembre” (Damia Mendoza Zambrano). En Cuenca, se fija en “uno de los retos del presente: el universo universitario” (Mario Jaramillo Paredes); en Loja, en “su tradición cultural, artística y literaria” (Yovany Salazar Estrada).

Y es, justamente, Loja, la provincia que abre la puerta hacia las letras con “figuras de proyecciones insospechadas” (Alba Luz Mora). Plano en el que se destaca “el deseo genuino de los escritores de ubicar su trabajo cuentístico a la altura de cualquier literatura mundial” (Luis Aguilar Monsalve). Éste es el género más importante y de mayor logro en el Ecuador. De ahí que tenga a su haber auspiciantes y difusores, tal “el concurso impulsado por la Prefectura de Pichincha” (Gladys Jaramillo Buendía). Pero no menos importante es la ensayística, con estudios que “se han tornado de forma significativa hacia la preocupación por lo mestizo y el mestizaje en el contexto nacional” (Juan Carlos Grijalva).

La poesía brota entonces. Cargada de magia. En proliferación, con más de “quince grupos, en su mayor parte, de jóvenes poetas” (Augusto Rodríguez y Miguel Antonio Chávez); con el “extraordinario flo-

recimiento de obras en Guayaquil” (Daniel Rogers). Y si se considera que “la poesía es una de las actividades de mayor importancia para los pueblos” (Sebastián Endara), podemos sentirnos colmados: nuestra poesía cuenta con una “generación plétórica, repleta de grandes nombres” (Xavier Oquendo); con una poesía femenina importante. Así dice, con donaire, la palabra que se fija en “las dolientes *Quejas* hasta llegar al espíritu de las creaciones más recientes” (Katia Murrieta).

Junto a esto emerge, de manera ineludible y con justeza, “la tradición literaria del exilio” (Vladimiro Rivas Iturralde); la cual nos lleva a “las palabras escogidas para hablar de la migración, que impactan” (Caroline Labatut). Punto en el que se abre el firmamento indígena con “la evocación de la vida de una heroína indígena” (Cecilia Miño Grijalva), “la recuperación de la cultura popular a través del CIDAP” (Claudio Malo González), y culmina con el “nuevo *pachakuti*” (Fredí Rojas). Giro, este último, cuya autenticidad pondrá a los lectores frente a la dicción de un representante del pueblo; frente al reto de comprender a un *ki-chwahablante*.

El cuadro exige, entonces, incluir otro tono: la importancia de la traducción, ya que “traducir una obra literaria es también traducir su cultura” (Amalia Gladhart). Y, por esa vía, descubrir “interrogantes sobre la situación actual de la literatura

del Ecuador” (Ivonne Gordon Vailakis); tanto como palpar “la medida en que esa literatura ‘desconocida’ sigue participando –ora directa, ora indirectamente– en la construcción asimétrica y asincrónica de la nación ecuatoriana” (Michael Handelsman).

Las bellas artes aparecen con sus gamas y efusión, de inmediato, “para revelar nuestro mundo; hablar de sus velos-desvelos, de sus confesiones y secretos, de nosotros” (Rocío Durán-Barba). Dejar una buena idea de su evolución durante las últimas décadas a partir de “una crisis nacional que desembocó en nuevas modalidades” (Manuel Esteban Mejía). Evidenciar su mayor escenario en la actualidad: “la Bienal de Cuenca” (René Cardoso Segarra).

La palabra se tiende-extiende, luego, para revelar “el aporte femenino en la cultura” (Fabiola Cuví Ortiz). Y, esto, con actividades que van de la ilusión al compromiso social. En la área del cine, ha sido “el camino que han escogido los que sueñan” (Viviana Cordero). En la del teatro, ha llegado “hasta comunidades que normalmente no tienen acceso a representaciones artísticas” (María del Carmen Albuja de Guarderas, Juana Guarderas Albuja).

Como es natural, en este horizonte están presentes las abismales transformaciones de la vida contemporánea. Así, el clamor universal por el respeto a la naturaleza; conforme al cual la “*Pacha Mama* ha sido

declarada sujeto de derecho por la Constitución ecuatoriana” (Sylvie Monjean-Decaudin); o, el fenómeno de lo virtual, espacio en donde “los blogs han recuperado la necesidad de discusión y de representación de los fenómenos ligados a la cultura” (Eduardo Varas).

En este amplio horizonte cultural ecuatoriano no puede faltar una palabra de remembranza. Palabra dedicada a cuatro personajes –ligados más bien al escenario francés, el cual ha significado, tradicionalmente, resonancia internacional–. Se trata de diplomáticos cuyas misiones han tenido el común denominador de impulsar nuestra cultura con pasión durante largos años: Gonzalo Abad Grijalva, Darío Lara, Juan Cueva Jaramillo –que nos dejaron hace poco–; y Filoteo Samaniego, cuya poesía aún nos trae el esplendor de la palabra.

Nos resta contemplar nuestra obra. Reconocer que en ella dominan los colores del arco iris. Nuestra lengua. Domina el abecedario ecuatoriano. Nuestra palabra. La que nos crea-recrea. Aquella que es nuestro “ser”. La que está en nuestros ojos. Ante ellos. Y en la realidad. De donde se desprende que el título del mencionado libro podía haber sido sencillamente *EcuadorEcuador*. Tanto más, cuanto el tomo refleja nuestra continuidad cultural: la de nuestro pueblo. Del que se debate por dar aliento a sus tradiciones y valores. Del que, por

largo tiempo, ha vivido bajo el discurso –y el consecuente sentimiento– del pesimismo, regionalismo, la intriga, el odio... *La Panorámica actual de la cultura ecuatoriana* tiene la aspiración de levantarse contra tales ideas –a menudo repetidas–. De poner en claro lo importante que es dar impulso al círculo opuesto: a un clima que tenga por fondo nuestra Historia, nuestro pasado extensorico-vivo. Clarividencia. El orgullo de ser ecuatorianos. Optimismo. Dicho libro tiene la aspiración de dar impulso a un círculo opuesto, insistimos, que tenga por meollo nuestros valores. Luz. Por meta, la certeza de que debemos reafirmar nuestra cultura con su diversidad y dentro de una dimensión armoniosa de complementariedad y unidad.

*EcuadorEcuadorEcuador* habría sido un título suficiente. Las páginas lo reflejan como lo que es: un país complejo. Multicultural. Con una cultura riquísima por sus expresiones y contenidos. Multifacética. Con un quehacer cultural que bulle. Se expande. Que ha cobrado innumerables manos, voces, personalidades.

Finalmente, y por qué no decirlo, la *Panorámica* también lleva, en parte, una respuesta a aquellos que nos han preguntado: de dónde el afán de dar espacio y voz a escritores, artistas, estudiosos, culturólogos... De dónde este entusiasmo. “Eso es soñar”, se nos ha dicho y repetido. Seguramente. La verdad

es que creemos en sueños valederos. Y cuando surgen en torno a nuestro país, lo son. Porque su realidad pide atención-miramiento. El sueño habla, entonces, con el lenguaje del ideal. Y es necesario soñar mucho para llegar a algo. Para conseguir-realizar-caminar. Somos conscientes de que todo ideal tiene una parte de utopía. Pierde algo al realizarse y se cumple con dificultad. Poco importa. Creemos en éste: impulsar la voz patria. La voz de nuestra cultura. Porque necesita resonancia-ánimo-eco entre nosotros mismos y, en cuanto sea posible, en el mundo.

Tal vez disponemos de esas “razones que la razón no ignora” ya que nuestra Patria no en vano puebla nuestros insomnios. No en vano nos obsesiona sus clamores, avances-retrocesos, sus hechuras, estrépitos; su idioma de expresiones colmada, de lenguas. No en vano se han acumulado en nuestra mente sus obras culturales y sus protagonistas. No en vano creemos en la magia de nuestro “ser-existir” entintada en el vino de nuestra Historia.

Hacemos votos porque la *Panorámica actual de la cultura ecuatoriana* llegue a ser un escalón en nuestro horizonte. Un escalón para que nuestra cultura cristalice en firmezas inequívocas. Seamos exagerados. Optimistas. Seamos culturalmente insaciables.

París, enero, 2011